

SATURACIONES IDENTITARIAS: DE EXCESOS, MATERIALIDADES, SIGNIFICACIÓN Y SUS (IN)VISIBILIDADES

Carmen Romero Bachiller y Silvia García Dauder
Universidad Complutense de Madrid y Universidad Rey Juan Carlos

RESUMEN

En este artículo abordamos la cuestión de la *conformación de subjetividades* a través de la noción de «saturaciones identitarias». Ésta visibiliza la multiplicación de marcas invisibilizadas de normatividad, lo que nos lleva a distinguir, siguiendo a María Lugones (1999), entre *saturación por transparencia* y *saturación por opacidad*. Proponemos, pues, un modo de pensar la organización compleja de las subjetividades en su conformación semiótico-material. La saturación supondría la herramienta con que abordar la multiplicación y articulación de diferencias en la producción de subjetividades más allá de las imágenes de yuxtaposiciones de ejes previamente establecidos de género, raza, sexualidad o clase, así como el instrumento que nos aleje de imágenes que sintetizan estas diferencias o construyen analogías entre ellas.

PALABRAS CLAVE: saturación, conformación de subjetividades, identidades, diferencias, feminismo.

ABSTRACT

In this article we address the issue of *subjectivities of conformation* through the notion of «identity saturations», which makes the multiplication of invisibilised marks of normativity visible. This takes us to distinguish, following partially María Lugones (1999), between *saturation by transparency* and *saturation by opacity*. We propose a way of thinking the complexity in the constitution of subjectivities, in its semiotic-material conformation. Saturation would constitute a tool to address the multiplication and articulations of differences in subjectivity production moving beyond images of juxtapositions of previously stabilised axis of gender, race, sexuality or class, as well as an instrument to move us away from images that aim to synthesise those exclusions or to build up analogies between them.

KEY WORDS: saturation, subjectivities conformation, identities, differences, feminism.

Estar juntas las mujeres no era suficiente, éramos distintas. Estar juntas las mujeres gay no era suficiente, éramos distintas. Estar juntas las mujeres negras no era suficiente, éramos distintas. Estar juntas las mujeres lesbianas negras no era suficiente, éramos distintas. Cada una de nosotras tenía sus propias necesidades y sus obje-

vos y alianzas muy diversas. La supervivencia nos advertía a algunas de nosotras que no nos podíamos permitir definirnos a nosotras mismas fácilmente, ni tampoco encerrarnos en una definición estrecha... Ha hecho falta un cierto tiempo para darnos cuenta de que nuestro lugar era precisamente la casa de la diferencia, más que la seguridad de una diferencia en particular¹.

En este artículo vamos a indagar en las posibilidades e imposibilidades del concepto de «saturación» y de los campos semántico-materiales que moviliza, como filtro óptico capaz de abordar las diferencias constitutivas de la identidad. La pregunta que se nos plantea es si es posible reelaborar un concepto químico para atender a la formación de identidades. ¿Qué tienen que ver? ¿No necesitaremos someterle a algún tipo de torsión que lo haga irreconocible? Más aún, los sedimentos que también constituyen el concepto, ¿no estarán tan poderosamente cargados que su movilización en otros contextos resulte una propuesta un tanto atrevida?

Si empezamos a pensar en la idea de saturación, fue en un intento de dar cuenta de aquellas posiciones sobrecargadas de las «marcas» *otras* de la identidad, de cómo el *exceso* de términos «marcados» en los dualismos jerarquizadores de la modernidad en su (re)producción de exclusiones confería a ciertas posiciones de una especie de «saturación e identidad». La cita de Audre Lorde con que abrimos esta sección resulta especialmente significativa a este respecto, haciendo patente, por un lado, la sobrecarga de «marcas» de identidad condensadas en una subjetividad concreta —tal como ella misma se definió en otra ocasión «soy una feminista negra lesbiana guerrera poeta madre, que hago mi trabajo»². Por otro lado, nos habla de las posibilidades de movilización y articulación política a través de conexiones parciales que no renuncian a las diferencias anulándolas y disolviéndolas en supuestos ideales englobadores. Pero tampoco se resguardan en la garantía de una determinada identidad estática y fija: «nuestro lugar era precisamente la casa de la diferencia, más que la seguridad de una diferencia en particular».

El concepto de «saturación» nos ofrece posibilidades para pensar esas posiciones donde los discursos en torno al género, la raza, la sexualidad, la clase o la etnicidad³, implosionan de formas complejas, no aprehensibles por análisis que atiendan sólo a uno de estos elementos, ni que los entiendan como una especie de yuxtaposición de ejes de opresión. Sin embargo, al pretender abordar las posiciones-subjetividades donde las exclusiones se multiplican, corremos la tentación de reproducir la lógica dualista, que sólo visibiliza lo «marcado» como *otro*, lo que se constituye en *exterior constitutivo* del uno. De esta forma, la omnipresencia *marca-*

¹ A. LORDE, *Zami: A New Spelling of My Name*. Londres, Pandora, 1996, p. 197.

² A. LORDE, *Sister/Outsider*. Freedom, CA, The Crossing Press, 1984, pp. 41-42.

³ Somos conscientes de que al enumerar determinadas diferencias estamos a su vez excluyendo otras. Esto es reflejo de nuestra posición inevitablemente situada y de las conexiones parciales que establecemos desde ella.



damente blanca, occidental, masculina, heterosexual, urbana y de clase media, resulta tremendamente *invisibilizada*: es porque estamos *saturadas* de lo normativo impuesto, que algunas subjetividades que no se adaptan de un modo u otro a la normatividad/normalidad hegemónica se presentan como *saturadas* de identidad.

El intento de teorizar los efectos conjuntos de las diferentes opresiones de género, raza, clase, sexualidad y situación geopolítica en la constitución de subjetividades, ha sido una cuestión crítica en la producción teórica del feminismo, especialmente a partir de la década de los ochenta⁴. Los cuestionamientos a la homogeneización invisibilizadora en el seno del feminismo han impulsado diversas teorizaciones capaces de dar cuenta de las irreductibles diferencias de las mujeres y de la consiguiente necesidad de abordarlas de forma conjunta. A este respecto, una de las aportaciones más destacables ha sido, en nuestra opinión, la «teoría de la simultaneidad de opresiones» elaborada por Barbara Smith. Según esta teoría, «los ejes de ‘diferencia’ y los modos de opresión que derivan de ellos no están alineados o son paralelos, sino que se sobreponen y entrecruzan unos con otros; los sistemas de opresión están interconectados y se determinan recíprocamente»⁵.

Esta perspectiva supuso un reseñable intento de pensar «simultáneamente» las diferencias que constituyen toda subjetividad, y tuvo la importante virtualidad de cuestionar la hegemonía del feminismo blanco y heterosexual en los Estados Unidos: si la experiencia del género está marcada por las relaciones socio-raciales en las que inevitablemente estamos inmersas, entonces, la experiencia del género de las mujeres blancas estará marcada por nuestra experiencia de la raza en tanto que blancas. De este modo, se quiebra la mítica imagen de que las cuestiones raciales son problema de las *otras racializadas*: «lo blanco» se visibiliza como color y como condición de posibilidad e imposibilidad.

Sin embargo, hablar de «sistemas de opresión» interconectados implicaría mantener «género», «raza», «sexualidad», «clase» como elementos separados que «se determinan recíprocamente». A nuestro parecer esto resulta problemático de cara a abordar los complejos procesos de conformación de subjetividades, si bien con ello no queremos rechazar las potencialidades teóricas y políticas que ofrece la utilización de cada uno de estos términos de manera independiente.

⁴ En la década de los setenta, es reseñable el intento de S. FIRESTONE (*The Dialect of Sex*. Nueva York, William Morrow y CIA Inc., 1970) por teorizar las relaciones raza-género. Pero es a finales de los setenta y principios de los ochenta cuando las feministas negras, chicanas, de origen poscolonial, lesbianas, etc., visibilizan las exclusiones del feminismo blanco, heterosexual y de clase media. Autoras como N. FRASER (*Iustitia Interrupta*, Santafé de Bogotá, Colombia, Siglo del Hombre, Universidad de Los Andes, 1997) han descrito este giro como el desplazamiento del debate desde la «diferencia de género» a las «diferencias entre mujeres» y, posteriormente, a las «múltiples diferencias que intersectan». Otras, como R. BRAIDOTTI (*Nomadic Subjects*, Nueva York, Columbia University Press, 1994), lo recogen en términos de la transición de la «diferencia entre hombres y mujeres», a «las diferencias entre mujeres», y, finalmente, «las diferencias dentro de cada mujer».

⁵ T. DE LAURETIS, *Diferencias*. Madrid, Horas y Horas, 2000, p. 134.

Es en esta línea en la que abordamos la noción de «saturación», como un filtro óptico capaz de responder a varias cuestiones. En primer lugar, proponiendo un modo de pensar la organización compleja de las subjetividades en su conformación semiótico-material, siempre sobrecargada de significaciones y profundamente encarnada. En segundo lugar, como una herramienta con que abordar la multiplicación y articulación de diferencias en la producción de subjetividades más allá de las imágenes de yuxtaposiciones de ejes previamente establecidos, como si éstos fueran *sustancias* que pudiéramos compartimentar, o escindir las unas de las otras. En tercer lugar, una herramienta que nos aleje de imágenes que sintetizan estas diferencias o construyen analogías entre ellas como si sus relaciones fueran isomórficas. Esto nos permite atender a las asimetrías de poder que las constituyen y al reconocimiento de las *diferentes* diferencias en su contingencia situada. Por último, visibiliza la multiplicación de marcas *invisibilizadas* de normatividad, lo que nos lleva a distinguir, siguiendo parcialmente a María Lugones⁶, entre *saturación por transparencia* y *saturación por opacidad*.

Para ello vamos a acudir a diversos materiales cinematográficos y narrativos. Alguien dijo una vez que el cine estaba elaborado con «el material con que se fabrican los sueños» y quizá tal afirmación sea cierta, pero las *materialidades* que producen las imágenes cinematográficas no sólo se nutren de sueños, o los inventan, sino que nos proporcionan *materiales* cargados de representaciones, fantasías, espacios para pensarnos (y no pensarnos) en direcciones diversas. Esta posición privilegiada de las imágenes en la producción de subjetividades, identificaciones y deseos, interpelaciones y reconocimientos, no ha pasado desapercibida, y desde sus comienzos el cine se ha convertido en plataforma preferente en la estabilización y cuestionamiento de lo normalizado hegemónico.

Es por ello que para realizar el acercamiento a la idea de saturación hemos escogido cuatro películas relativamente recientes: *Semillas de Rencor*, de John Singleton; *Boys Don't Cry*, de Kimberly Pierce; *Flores de Otro Mundo*, de Icíar Bollain y el cortometraje *Shame no more*, de John Krokidas. De ellas hemos rescatado algunas escenas que transcribimos al final.

1. LAS SATURACIONES EN LOS PROCESOS DE CONFORMACIÓN DE SUBJETIVIDADES

Nuestra propuesta de utilización del concepto de saturación como herramienta teórica parte de una particular concepción de los procesos de conformación de subjetividades que entiende éstas como entidades semiótico-materiales en cons-

⁶ «Pureza, impureza y separación», en N. CARBONELL y M. TORRAS (comps.), *Feminismos literarios*, Madrid, Arco, 1999, pp. 235-64.

tante proceso de reconformación. Esta concepción se nutre de algunas producciones teóricas feministas que han tratado de responder a las limitaciones de ciertos determinismos lingüísticos que parecían disolver la subjetividad en el sujeto-del-lenguaje⁷. Posiciones que conciben la *indisolubilidad de los aspectos materiales y semióticos* —las entidades semiótico-materiales— de Donna Haraway. Entreverados, lo material excede a lo semiótico y lo semiótico excede a lo material sin precederse mutuamente: son inseparables y a la vez irreductibles.

Para dar cuenta de los procesos de conformación de subjetividades, se hace necesario atender a los *mecanismos de interpelación*⁸ y de *incorporación* de los discursos hegemónicamente establecidos y estabilizados, discursos que van a delimitar los cuerpos, espacios, representaciones, comportamientos y deseos pensables y vivibles. Esto viene vinculado a la producción y vigilancia continuada de fronteras, fronteras que no se reducen a una línea delimitadora del área de intervención de los estados: también se inscriben en los cuerpos y proliferan en todo espacio y lugar.

Pero analizar la regulación y formación simultánea de subjetividades a través de los diferentes dispositivos institucionalizados de poder/saber que conforman una determinada hegemonía —en la línea de los análisis foucaultianos y el concepto de interpelación de Althusser—, nos resulta, si bien necesario, insuficiente por su unidireccionalidad.

Tendríamos que considerar también los *procesos de identificación* que sólo parcialmente se nutren de los discursos hegemónicos, no tanto como incorporación reproductora, sino como respuesta activa que puede ir desde la aceptación entusiasta, hasta el rechazo feroz, pasando por todo tipo de ejercicios paródicos y negociaciones parciales que cuestionan la legitimación de las hegemonías. Los procesos de identificación implican una inversión emocional muy importante, y, siempre ocasionan fallas y excesos que imposibilitan la reproducción clónica, ocasionando espacios para la resistencia y las transgresiones.

Creemos necesario, a su vez, atender a los *procesos de recreación* y de sedimentación subjetiva por medio de los *actos y prácticas cotidianas encarnadas* que

⁷ T. DE LAURETIS, *Alicia ya no*. Madrid, Cátedra, 1992; D. HARAWAY, *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid, Cátedra, 1995.

⁸ El concepto de «interpelación» introducido por ALTHUSSER (*Ideología y los aparatos ideológicos del estado: Freud y Lacan*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1992), hace referencia a la formación de sujetos que son llamados «hailed» o *interpelados* en tanto que individuos concretos a constituir sujetos concretos. El ejemplo que utiliza Althusser no puede ser más revelador: cuando un policía dice a alguien «¡Eh, tú!», no sólo lo está reconociendo como sujeto con el cual es posible establecer una interrelación, sino que lo *introduce* en un determinado orden normativo —ideológico diría Althusser. Un orden ideológico/normativo que en Althusser sería total: tanto el Estado como el orden simbólico del padre —en la lectura que realiza de Lacan— tienen un carácter total. Ésta es una de las cuestiones que más se le han criticado a Althusser y que, de algún modo, cuestiona su propia elaboración de la idea de *sobredeterminación*, como el proceso siempre fallido de alcanzar una subjetividad o identificación.

también nutren los discursos hegemónicos⁹. Esto significa dar cuenta de los procesos cotidianos de producción y jerarquización de las diferencias, de los modos en que se «hacen» cotidianamente los géneros, las razas, las etnicidades, las prácticas del deseo, o las exclusiones de la ciudadanía. Para ello habría que considerar cada uno de los minúsculos elementos que estabilizan y re-actualizan dichas diferencias jerarquizadas, cuestiones en ocasiones nimias pero fundamentales y que normalmente pasamos por alto: miradas, distancias corporales, tonos de voz, incomodidades, impaciencias, pero también vestidos, comidas, formas de ocupar el espacio o de entender el ocio, sin olvidar aspectos más evidentes como controles policiales o medicalizaciones varias.

Más aún, si queremos abordar los procesos de producción de subjetividades en tanto que entidades semiótico-materiales, necesitamos una consideración del cuerpo que no lo entienda simplemente como receptáculo pasivo de los discursos sociales, pero tampoco como sustancia independiente, permanente e idéntica a sí misma a lo largo del tiempo y el espacio.

Es en este análisis de las prácticas cotidianas y en la recuperación del cuerpo, donde confluyen a nuestro modo de ver el concepto de «*habitus*» elaborado por Pierre Bourdieu, la teoría de la performatividad de Judith Butler, y la noción de «experiencia» tal y como la utiliza Teresa de Lauretis.

El concepto de «*habitus*»¹⁰ es para Bourdieu lo normativo *internalizado*, encarnado y vivenciado en cada una de las posiciones de sujeto. Ligado a este término utiliza el concepto de «*hexis* corporal» —que puede ser traducido como *porte* o *presencia*— para dar cuenta de las prácticas con efectos de materialidad constitutivas del cuerpo. La *hexis* constituye por tanto una «mitología política realizada, *incorporada*, convertida en disposición permanente, manera duradera de mantenerse, de hablar, de caminar, y, por ello, de *sentir* y de *pensar*»¹¹.

Bourdieu describe estas prácticas en términos de *mimesis*, mimesis, que no presupone una voluntad estratégica preexistente que determina la dirección de la

⁹ Esto nos engazaría con las tradiciones pragmatista de Peirce (los conceptos de «hábito» y «semiosis ilimitada») y el interaccionismo simbólico de G.H. MEAD (la distinción entre el *mi* y el *yo*). Planteamientos de los que podemos encontrar resonancias en las concepciones de la subjetividad que nos ofrecen autoras como Teresa de Lauretis con el concepto de «experiencia», Pierre Bourdieu con el concepto de «*habitus*» y Judith Butler con la idea de «performatividad», que más adelante desarrollamos.

¹⁰ De una forma más exhaustiva F. GARCÍA SELGAS [«Análisis del sentido de la acción: El trasfondo de la intencionalidad», en J.M. DELGADO y J. GUTIÉRREZ (coords.), *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*, Madrid, Síntesis, 1994, pp. 493-527, p. 507] define el *habitus* como «el sistema de estructuras cognitivas y motivacionales [...] producidas históricamente [...], que se incorporan a cada organismo como disposiciones duraderas, y que generan y estructuran las prácticas individuales y colectivas de un modo condicionado pero no determinado. Es un sistema generativo que marca simultáneamente lo posible y lo imposible mediante el asentamiento de 'el sentido práctico' y la internacionalización de la historia directa e indirectamente experienciada».

¹¹ P. BOURDIEU, *El sentido práctico*. Madrid, Cátedra, 1991, p. 119.



acción, sino un ejercicio mucho más inconsciente. Sin perder de vista las sedimentaciones materiales y discursivas que constituyen las posiciones de sujeto, introduce la posibilidad de ir más allá de una simple repetición reproductora de los constreñimientos sociales. En su re-actualización recitativa, las prácticas nunca son capaces de una reproducción exacta de los discursos que las nutren, sino que siempre se generan ciertos *desplazamientos* o *distorsiones*, excesos que evitan la estaticidad o el cierre total.

Son estas relaciones y prácticas continuadas de constreñimiento, formación y reformulación las que están presentes también en la teoría de la performatividad de Butler. Para esta autora:

Lo performativo no es meramente un acto realizado por un sujeto preestablecido, sino uno de los poderosos e insidiosos modos en los que los sujetos son llamados a la posición de ser social, inaugurados a la socialidad mediante una variedad de interpelaciones poderosas y difusas. En este sentido lo social performativo es una parte crucial, no sólo de la *formación* de sujeto, sino también de la contestación política y de la reformulación del sujeto en curso. De esta forma, lo performativo no es tan sólo una práctica ritual: es uno de los influyentes rituales por los que los sujetos son formados y reformulados¹².

La performatividad, como ejercicio de recitación de las fórmulas sociales ritualizadas que tiene la capacidad de «hacer lo que dice» —como en los casos paradigmáticos de dictar sentencia o bautizar un barco, por ejemplo—, se convierte en un poderoso mecanismo por el cual somos múltiplemente incorporados en la socialidad en posiciones concretas. Por ejemplo, el proceso de llegar a ser una mujer o un hombre —posiciones mucho más inestables, inseguras y artificiales de lo que se nos presentan habitualmente— requiere del ejercicio continuado por el cual somos «nombradas» una y otra vez como mujeres. Así, la performatividad es el ejercicio de re-citación de las normas hegemónicas que delimitan lo que significa «ser mujer» en un determinado contexto. Pero las re-citaciones, como las prácticas miméticas del *habitus* en Bourdieu, nunca reproducen los discursos que citan de manera idéntica, sino que siempre generan desplazamientos y distorsiones que dejan espacio para politizar las tensiones, torsiones y transgresiones de las formas hegemónicas.

La incorporación de los discursos hegemónicos y su reactualización recreativa en las prácticas performativas de Butler y en la *hexis* corporal de Bourdieu, pueden ser enlazadas con lo que de Lauretis denomina «proceso de semiosis ilimitada» mediante el que se produce un engranaje continuo de la subjetividad con la significación social de la realidad material. A esto alude Teresa de Lauretis¹³ —siguiendo

¹² J. BUTLER, «Performativity's Social Magic», en R. SHUSTERMAN (ed.), *Bourdieu: A Critical Reader*, Oxford, Blackwell, pp. 113-28.

¹³ *Alicia ya no*, p. 253, énfasis añadido.

a Peirce y su concepto de hábito— cuando utiliza la noción de «experiencia» en tanto que:

[...] proceso por el cual se construye la subjetividad de todos los seres sociales. A través de este proceso uno se coloca a sí mismo o se ve colocado en la realidad social, y con ello percibe y aprehende como algo subjetivo (referido a uno mismo u originado en él) esas relaciones —materiales, económicas e interpersonales— que son de hecho sociales, y en una perspectiva más amplia, históricas. [...] *Para cada persona, por tanto, la subjetividad es una construcción sin término, no un punto de partida o de llegada fijo desde donde uno interactúa con el mundo.*

Si bien hasta ahora hemos incidido en las subjetividades como procesos y ejercicios de reiteración cotidiana de relaciones, no podemos caer en la tentación de considerar exclusivamente las prácticas cotidianas en la conformación de subjetividades, ya que se podría dar la errónea impresión de que éstas son creadas *ex novo* en cada momento. Esto perdería de vista esa *ficción de sustancia* en la que sedimentaciones y materialidades —reactualizadas en cada una de esas prácticas— son experimentadas como «garantes» de un sujeto unitario e independiente. Es a esta «ficción de sustancia» a lo que nos referimos con el término «saturación». Una imagen imposible y necesaria que nos asegura nuestra mismidad a lo largo del tiempo y del espacio y nos permite mantener una cierta «cordura»¹⁴ —encordado precario y encarnado de prácticas, memoria, deseos, relaciones, etc.

Así la *memoria* y el *cuerpo* se constituyen en garantes de solidez, como parte de una narratividad solidificada en una imagen o materialidad que se «mantiene» a lo largo del tiempo y el espacio. Pero ni la memoria ni el cuerpo constituyen totalidades fijas o estáticas. La memoria nos plantea un juego de tiempos donde el pasado es hecho presente: *hecho desde el presente*, esto es, continuamente reconfigurado, reinterpretado y reactualizado desde el *hoy* con todos los referentes y herramientas del momento. La memoria entreteje una narrativa donde abundan los huecos, los olvidos, los saltos e incluso las invenciones. En palabras de Italo Calvino, «la memoria, o mejor la experiencia que es la memoria, más la herida que te ha dejado, más el cambio que ha operado en ti y que te ha hecho diferente»¹⁵.

El cuerpo, por otro lado, aparece en muchas ocasiones como el referente último que nos otorga esa sensación de permanencia. Pero el cuerpo nunca está quieto, nunca es igual: las arrugas, las cicatrices o las canas se van añadiendo y cambiando la fisonomía, por no mencionar posibles modificaciones quirúrgicas,

¹⁴ Es precisamente esa ficción de sustancia la que nos salva de la profunda angustia de casos extremos de trastornos de la memoria como los descritos en la obra de O. SACKS (*El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*. Barcelona, Muchnik, 1991) —por ejemplo, «el marinero perdido»— o el del protagonista de la película *Memento*.

¹⁵ Citado por C. SANTAMARINA y J.M. MARINAS, «Historias de vida e historia oral», en J.M. DELGADO y J. GUTIÉRREZ (coords.), *op. cit.*, pp. 259-87, p. 275.

hormonales, etc., que desestabilizan incluso los aspectos en apariencia más rígidos como son los del sexo —pensemos en las personas transexuales, transgénero o intersexuales—, por ejemplo. Más aún, la imagen del cuerpo como algo idéntico y continuo es resultado de continuadas reactualizaciones: requiere de la repetición rítmica de cada latido del corazón, de cada respiración, de cada conexión neuronal (sinapsis), etc.

Así la saturación aparece como implosión contingente y reiterada de los haces de relaciones en las que nos ubicamos y nos configuran. Por tanto se presenta como *sobrecarga de identidad*, una identidad «gestáltica»¹⁶ no reductible a la adición de partes componentes, fragmentadas y puras, y al mismo tiempo saturación excesiva, productora de «sobrantes» impredecibles en su recitación de los órdenes hegemónicos.

Si acudimos a su uso químico, una saturación se produce cuando en una disolución el soluto sobrepasa la capacidad del disolvente para enlazarse con él, de esta forma el soluto *sobrante (excesivo)* precipita. Por otro lado, en las disoluciones, al contrario que en las mezclas, los componentes resultantes de todo el proceso son radicalmente distintos: constituyen nuevos productos químicos como efecto de los enlaces en los que se integran. Sin embargo, en la química la saturación aparece como enlace entre elementos previos escindidos y estabilizados. Es aquí donde abandonamos la química en nuestro particular uso del término, dado que en la producción de subjetividades no existirían estos elementos puros previamente escindidos (género, raza, sexualidad, clase, etc.).

Las formas en que se configuran las diferencias implosionadas y encarnadas en las subjetividades generan, de este modo, *excesos*, distorsiones o cacofonías no aprensibles o determinadas a priori, si bien no son totalmente aleatorias: sus posibles direcciones resultan bastante delimitadas, existiendo altas posibilidades de que se consoliden los discursos hegemónicos. Pero, y al mismo tiempo, son esos espacios donde se abre el juego político de las identidades y la contestación de los discursos hegemónicos de los que se nutren.

2. IDENTIDADES SATURADAS POR SIMULTANEIDAD DE OPRESIONES (SOBRECARGA DE IDENTIDAD)

Tal como apuntamos en la introducción, al acercarnos en un primer momento a la noción de saturación, nos centramos en la constitución de aquellas

¹⁶ La diferencia entre una posible concepción gestáltica de la identidad y la idea de saturación que aquí proponemos, consistiría básicamente en la imposibilidad de aprehender desde fuera ningún «todo». Partimos de la idea de que no hay posibles afueras y toda posición está en el «ombligo del monstruo» (Haraway), en conexiones parciales y situadas: nuestra visión nunca sería completa, ni las identidades serían totalidades cerradas.

subjetividades *saturadas* por lo *marcado*, subjetividades que ocupaban las posiciones *otras* en los dualismos jerarquizadores de la modernidad. Posiciones caracterizadas por esa «simultaneidad de opresiones»¹⁷, que pueden dar lugar a comportamientos de resistencia y resignificación política —como apuntaba Audre Lorde— pero también pueden desembocar en mundos y subjetividades invivibles. Es en esa tensión «sin garantías»¹⁸ donde se abre la agencia y la responsabilidad, mostrando lo político de los cuerpos, los espacios, las representaciones y los deseos.

En este sentido, por ejemplo, la novela *Ojos Azules* de Toni Morrison¹⁹ nos ofrece un análisis despiadado de los efectos «invivibles» de esa sobrecarga de «marcas» *otras*, esta vez en la frágil subjetividad de Pecola Breedlove. Un personaje que Toni Morrison describe como niña, negra, mujer, pobre y fea, sobrecargándola así con el peso de múltiples *interpelaciones* opresivas y exclusiones irreducibles las unas a las otras, un peso insoportable que la conduce a la locura. Ahora bien, la producción de subjetividades «marcadas» resulta ser también inseparable de la producción, fijación y vigilancia de las fronteras que definen las subjetividades «no marcadas»:

Todos nosotros —todos cuantos la conocimos— nos sentimos más sanos tras habernos depurado en ella. Éramos muy hermosos cuando nos erguíamos a horcajadas sobre su fealdad. Su sencillez nos decoraba, su culpa nos santificaba, su dolor nos hacía resplandecer de bienestar, su torpeza nos hacía creer que teníamos sentido del humor. [...] Su pobreza preservaba nuestra magnanimidad de ricos. [...] *Nosotros pulíamos sobre ella nuestros egos, almohadillábamos nuestro carácter con sus flaquezas y nos abríamos desmesuradamente a la fantasía de nuestra solidez.*

¿A través de qué procesos determinadas diferencias se vuelven significativas y «marcadas» en determinados contextos y relaciones para ocupar posiciones de exclusión y opresión? ¿«Marcadas» ante quiénes o para quiénes? ¿Quiénes son los «no marcados» y en qué condiciones? Tal como apuntábamos anteriormente, las diferencias constitutivas de estas «marcas» de exclusión inscriben *fronteras* en cuerpos, espacios o deseos, fronteras que delimitan las pertenencias a los «unos» *invisibilizados* y a las «otras» *sobrevisibilizadas*.

Esta sobrevisibilización se evidencia claramente en aspectos como los de la «raza»²⁰. Los y las «otras» racializadas son las personas «con color»: las personas

¹⁷ B. SMITH (ed.), *Home Girls: A Black Feminist Anthology*. Nueva York, Kitchen Table/Women of Color Press, 1983.

¹⁸ S. HALL, «On Postmodernism and Articulation. An Interview with Stuart Hall by Lawrence Grossberg», en D. MORLEY y C. KUAN-HISING (eds.), *Stuart Hall: Critical Dialogues in Cultural Studies*, Nueva York y Londres, Routledge, 1996, pp. 131-50.

¹⁹ Barcelona, Ediciones B, 1970, pp. 304-305, énfasis añadido.

²⁰ Si bien biológicamente las razas no existen, sí que tienen una existencia social e histórica: son reales en sus efectos, dado que ciertas personas han sido y son sistemáticamente excluidas y oprimidas en estos términos. Es por ello que mantenemos su uso, ya que entendemos que terminologías más *light* como las de etnia, tienden a invisibilizar opresiones y discriminaciones.

blancas aparecen como «no-racializadas» —desaparecen, se vuelven transparentes, invisibles a sí mismas como color. Por ejemplo, en la escena de la llegada al pueblo de Milady, «la cubana», en la película *Flores de Otro Mundo* (Icía Bollaín, 1999) se movilizan todos estos referentes, entreverados con narrativas de colonización que «exotizan» y «sexualizan» las posiciones de las personas de procedencia postcolonial —en este caso Milady.

En esta escena se nos emplaza además en los procesos de producción de las posiciones «marcadas» y «no marcadas», aquí principalmente a través del ejercicio de las miradas, y las posiciones de sujeto que aparecen *autorizadas*, legitimadas para emplearlas y aquellas no reconocidas: pone en evidencia la diferente capacidad para «marcar» como «otro».

Así, en el contexto mayoritariamente masculino del bar del pueblo se nos anuncia la llegada de Milady con un revelador «¡Cooño!», que no sólo anuncia la presencia de la mujer, sino que, como apuntábamos, la relega a su posición más marcadamente sexual. La cámara, tras la promesa cargada de sexo de su presentación, va a ocupar la posición de la mirada masculina. Se recrea en la salida de Milady del vehículo, y su posicionamiento en tanto que mujer, negra, joven y muy atractiva, es hecho explícito en la conversación entre los tres ancianos. Esta conversación en la que ella es el *objeto*, la *interpela* constituyéndola subjetivamente en tanto que *cuerpo hipersexualizado y exótico: un cuerpo desmembrado y profundamente escindido de su propia representación: «¡Qué labios!»; «¡Qué dientes!»; «¡Qué besazos más buenos tiene que pegar!».*

Interpelada por sus conversaciones, ella no es introducida en ellas. De ella *se habla*, pero no se espera que hable: es ella misma la que se presenta en un momento determinado. *Observada*, medida, reificada. Sólo la niña dominicana la saluda con una sonrisa en un acto de reconocimiento mutuo: son mujeres y extranjeras en lugar extraño.

Si la escena se quedara ahí, poco más habría que decir, pero el hecho es que ella *les devuelve la mirada*, una mirada que les valora y les juzga —y muestra un profundo desagrado. Milady²¹ se convierte así en el punto donde las narrativas generadoras, racializadoras y (post/re)colonizadoras que la van a posicionar como *objeto de deseo exótico*, se devuelven haciéndose visibles, y cuestionándoles tanto la posición en la que la emplazan, como la que se autoconceden. Además Milady va a

²¹ Quisiéramos tan sólo destacar la ironía implosionada en el nombre *Milady*. *Milady*, es la dama que *pertenece a* —en este caso «el Carmelo»—, pero también es *Milady*, la dama *a la que se pertenece*. Además, el nombre viene del inglés, con lo que nos resulta quizá más fácil ligar este juego condensado de ironías y contradicciones con las narrativas de la colonización y del modelo androcéntrico que la permea. La película hace un esfuerzo continuado por situar a Milady en los intersticios de las narrativas de la opresión y la dominación, sin reducirla, sin embargo a una simplista posición de víctima: Milady está cargada de recursos y *subvierte* una y otra vez las condiciones de (im)posibilidad y las *interpelaciones* que la conforman.

resistirse a las reductoras expectativas que se espera de ella, cuestionándolas aun con los riesgos que ello puede implicar, para finalmente rechazarlas y salirse de ellas.

Otro ejemplo de los ejercicios continuados de producción de «unos» y «otras» nos lo ofrece la película *Boy's Don't Cry* (Kimberly Pierce, 1999). En esta película se nos pone sobre aviso de qué cuerpos, qué deseos y qué prácticas son aceptadas como *propias* —adecuadas y que aseguran la pertenencia al colectivo en que se producen— y cuáles son consideradas *impropias* —inadecuadas y signo de exclusión—. Son estos cuerpos, deseos y prácticas *impropias* las que marcan las fronteras de lo normativo: fronteras *incorporadas* y *encarnadas*, tan concienzudamente patrulladas como el Estrecho y en ocasiones —y el caso que narra esta película es una de ellas— desencadenantes de tragedias vitales. La atroz materialidad de las normativizaciones «normalizadas» lleva a algunas personas «no admitidas como reales» a vivir bajo la amenaza de violencias institucionalizadas —encarcelamiento, psiquiatrización, cirugías, discriminaciones varias—, y en el caso que nos ocupa incluso al asesinato. En palabras de Judith Butler²², «el pensamiento de una vida posible es sólo una indulgencia para aquellas personas que se saben a ellas mismas como posibles. Para aquéllas que están aún intentando ser posibles, la posibilidad es una necesidad.» Cuando se «descubre» que *es una chica* —su «verdadero sexo» en las organizaciones binarias de la sexualidad moderna²³— Brandon/Teena es brutalmente violada/o y golpeada/o. *Pasando por chico*, «*passing as*»²⁴, Brandon/Teena cuestiona el marco que unifica sexo/género/deseo en la matriz de «heterosexualidad obligatoria»²⁵. Él/ella no puede ser aprehendido/a por la dirección de su deseo como una *mujer lesbiana*: él/ella *desea ser un chico*. No tanto como *cuerpo masculino* —o no al menos en los términos habituales de tal definición²⁶, ya que la operación y las hor-

²² *Género en disputa*. Barcelona, Paidós, 2001, p. 19.

²³ M. FOUCAULT, *Herculine Barbin llamada Alexina B*. Madrid, Revolución, 1985.

²⁴ El término «*passing*» —«pasar por»— hace referencia a un conjunto de prácticas que han sido concienzudamente teorizadas por diversas autoras. Las prácticas de *mimesis* del *passing* —«pasar por»— si bien se esfuerza en «copiar» el modelo, al mismo tiempo nunca lo hace de igual forma: toda *citación* es siempre *excesiva* y *fallida*. De este modo, el *passing* es precisamente, en el esfuerzo por repetir lo normativo en su grado máximo, lo que lo pone en entredicho y desborda: Brandon/Teena *cuestiona* todo el modelo de sexo/género/deseo establecido al intentar ocupar una posición *normal(izada)* en el mismo —siendo un chico su sexualidad y su deseo se ajustarían totalmente a la «normalidad» heterosexual. Judith Butler, por otro lado, teoriza la cuestión del *passing* en las interrelaciones entre raza y sexualidad en la novela de Nella Larsen *Passing*, donde la protagonista es una mujer negra que *pasa por blanca* (J. BUTLER, *Bodies that Matter. On the Discursive Limits of «Sex»*. Nueva York y Londres, Routledge, 1993, pp. 167-85).

²⁵ A. RICH, «Compulsory Heterosexuality and Lesbian Existence». *Signs*, vol. 5, núm. 4 (1980), pp. 631-90.

²⁶ Tal como recogen algunas autoras como B. PRECIADO (*Manifiesto contra-sexual*. Madrid, Opera prima, 2002, p. 111): «Hoy sabemos que la mayoría de los transexuales F2M, de mujer a hombre, cuando tienen las condiciones adecuadas para poder elegir, deciden hacerse una metidioplastia (es decir, el agrandamiento del clítoris hasta cuatro centímetros) en lugar de correr el riesgo de una faloplastia [reconstrucción de un pene].» El cuerpo masculino deseado y recreado se aleja por tanto,



monas, si bien aparecen en su horizonte de posibilidad, se presentan como inaccesibles y amenazantes— sino más bien como *posición e identidad social encarnada*. Podríamos preguntarnos hasta qué punto el deseo de ocupar dicha posición puede ser la única salida aceptable en un paisaje social de férrea heteronormalidad donde la unión entre sexo/género/deseo es indisoluble. Pero tal pregunta resultaría reductora ya que la figura de Brandon/Teena *desborda* y hace inadecuada una y otra vez cualquier intento de aprehensión por parte de las categorías con las que jugamos²⁷.

Ocupando una posición que algunos grupos actualmente reclamarían como *transgénerica*²⁸, él/ella no sólo cuestiona lo normativo sino que es terriblemente cuestionada por éste. En la escena de la denuncia de su violación en comisaría, la figura del sheriff es de lo más significativa en esta dirección: investido con su posición de autoridad, marcadamente blanca, masculina y heterosexual, *interpela* a Brandon/Teena en términos de lo normativo hegemónico: «¿Por qué andas con chicos *si tú eres una chica?* [*Si tú eres una chica*], ¿por qué vas por ahí besando a las chicas?». Buscando así *justificación* a lo ocurrido en la *desviación* de Brandon/Teena, haciéndolo/a de este modo responsable y provocador/a de su propia agresión: «Sólo trato de encontrar respuestas para saber exactamente lo que está pasando». La injustificable paliza y violación de la que es objeto por el *exceso inaprensible* que supone su figura es comprendida por el sheriff como una *respuesta razonable* ante la *transgresión*.

3. VISIBILIZANDO LA MULTIPLICACIÓN DE MARCAS IN VISIBILIZADAS DE NORMATIVIDAD/NORMALIDAD: SATURACIONES POR *OPACIDAD* Y SATURACIONES POR *TRANSPARENCIA*

Estos ejemplos ilustran algunos de los mecanismos y dispositivos de producción de subjetividades normalizadas/normativizadas, mecanismos que sistemá-

de su descripción habitual en términos de poseer un pene, y se evidencian las complicadas actuaciones y tecnologías que delimitan los cuerpos y las identidades como masculinos y femeninos, y que se nos presentan habitualmente bajo la apariencia de «naturalezas» evidentes.

²⁷ Esta dificultad para encasillarla/o en una categoría sexual definida se evidencia en las entrevistas que la directora de la película, Kimberly Pierce, realizó a Lana, la mujer que salía con Brandon/Teena, cuando se «descubrió» su «crisis de identidad sexual». Ésta se refería a Brandon/Teena utilizando indistintamente el género masculino y el femenino. Para una consideración más amplia en esta dirección, acudir al debate que se viene produciendo en la revista *Screen* (Primavera, Verano y Otoño de 2001) sobre *Boy's Don't Cry*.

²⁸ *Transgénero* es un término autoasignado por parte de grupos de personas que asumen los roles genéricos correspondientes a un «sexo fisiológico» diferente al que les ha sido *asignado* en su nacimiento. Una crítica a la producción de la dualidad *sexual hombre/mujer* que impera en las sociedades occidentales la encontramos en el comentario de Michel Foucault sobre Herculine Barbin/Alexina B., *op. cit.*, y en el reciente texto de Anne Fausto-Sterling (*Sexing the Body. Gender Politics and the construction of Sexuality*. Nueva York, Basic Books, 2000).



ticamente regulan las relaciones, las significaciones de diferencias como el color de la piel, el acento, el pertenecer a un género determinado, poner en cuestión la dualidad de los sexos o el deseo heterosexual. Todos estos dispositivos reiterados de forma ritualizada e incorporados en los cuerpos conforman lo que Foucault (1998) denominó *biopoder*: disciplinamiento de los cuerpos y control de las poblaciones que delimitan los «adentros» y los «afueras» —«otros» y «no(s)otros»— de la normatividad hegemónica. Las personas que son «marcadas» en esta lógica son constituidas ellas mismas como fronteras y constante amenaza de contaminación y contagio: han de ser «controladas», limitadas a determinados espacios —Foucault hablaba de hospitales, psiquiátricos, o cárceles, pero también podemos pensar en otros confinamientos en determinados barrios o en determinados trabajos o en como se regula la movilidad entre los estados. María Lugones²⁹ lo describe en los siguientes términos:

[Q]ue se nos vea manchados depende de la necesidad de pureza que pide que seamos «partes», «apéndices» de los cuerpos de los sujetos modernos (hombres blancos burgueses y cristianos) que hagamos posible su pureza. Nos volvemos partes de dicotomías ficticias. Dado que somos ambiguos (no dicotómicos), amenazamos la ficción y nos convertimos en impropios sólo por censurar la ambigüedad como no existente, esto es, partiéndonos, dividiéndonos. Por tanto existimos sólo como seres incompletos, impropios, y ellos existen como completos sólo si lo que nosotros somos, y lo que es absolutamente necesario para ellos, se declara sin valor.

Los múltiples cuestionamientos que se han venido realizando a la supuesta neutralidad desencarnada del sujeto moderno han evidenciado cómo esta posición era sistemáticamente habitada por el hombre blanco, heterosexual, occidental, educado, de clase media. Así, visibilizado en su invisibilidad hegemónica, no sólo se pone en cuestión su *autoridad* y *legitimidad* para «marcar» lo «otro», sino que la supuesta pureza incontaminada que aseguraba la división se muestra como un mito imposible: los «afueras» del «no(s)otros» son constitutivos.

El concepto de *exterior constitutivo* de Jacques Derrida y que utiliza Chantal Mouffe, hace referencia a ese exterior *incorporado* de forma necesaria en toda conformación identitaria. El «yo» requiere de este modo, para su constitución, de un «otro» internamente constituido como exterioridad. En este punto, por tanto, las rígidas fronteras entre «yo» y «otro» caen desde su propia constitución al mismo tiempo que son reforzadas por ella. En palabras de Chantal Mouffe³⁰:

Su objetivo es mostrar el carácter de relación de toda identidad y el hecho de que con frecuencia la constitución de una identidad implica el establecimiento de una jerarquía. [...] Una vez que se ha comprendido que toda identidad se establece en

²⁹ *Op. cit.*, p. 247.

³⁰ «Por una política de la identidad nómada». *Debate feminista*, vol. 14 (1996), pp. 3-13, p. 6.

relación y que la condición de existencia de toda identidad es la afirmación de una diferencia, la determinación de algún «otro», y que éste funciona como su «exterior», es posible comprender el surgimiento del antagonismo.

De este modo, y retomando la idea de saturación, ésta no estaría «marcada» tan sólo en cuanto que visible como *otra subordinada*, sino también en cuanto *marca de normalidad*. La invisibilización se produce así, no por falta de presencia o materialidad, sino porque dicha materialidad no cuestionada se vuelve invisible, transparente. Es por ello que, siguiendo a María Lugones (1999), hablaremos de *saturaciones por opacidad*, en el caso de las posiciones donde se visibilizan las marcas *otras* de la identidad, y de *saturaciones por transparencia*, en el caso de las posiciones donde las marcas aparecen *invisibilizadas* reproduciendo la normatividad/normalidad hegemónica.

En este sentido, el cortometraje *Shame no More* (John Krokidas, 1999) nos sirve para evidenciar muchas de las formas en las que «se hacen» cotidianamente las transparentes marcas de normalidad. Así, se nos presenta una apacible localidad estadounidense en los años cincuenta donde la normalidad/normatividad se impone y encarna con su peso habitual pero con un giro *perverso*: la sexualidad «normal» en la tranquila localidad de Cherry Creek es homosexual.

La ironía con que se cuestionan los dispositivos de producción de subjetividades sexuadas, generizadas y deseantes, es quizá más aguda, precisamente porque sólo se pone en tela de juicio la dirección del deseo: los espacios de lo masculino y femenino, así como quiénes son hombres y mujeres, reproducen las expectativas del ideario estadounidense ultraconservador postbélico. Las mujeres preparan pasteles para la cena, mientras los hombres van a la oficina.

Esta ironía también se utiliza en el recurso a la ciencia y a la figura del científico —paradigma de la neutralidad desencarnada y transparente— para dar cuenta de cualquier desviación de la sexualidad normativa, estableciéndola como patológica y medicalizable. La inclusión de imágenes donde se reproducen técnicas de condicionamiento aversivo para la curación de la heterosexualidad en tanto «patología sexual», no hace sino mimetizar con una sonrisa amarga las técnicas que efectivamente se venían y vienen utilizando³¹. En este caso, al estigmatizar lo normativo hegemónico en nuestras sociedades, se hace patente lo absurdo y cruel de estos métodos.

³¹ Recordemos que todavía en la década de los noventa varios manuales de psicología fueron denunciados por incluir estas técnicas, y cómo hasta el año 1973 la homosexualidad estaba incluida en el DSM como enfermedad mental. Hasta entonces la homosexualidad femenina y masculina aparecían encasilladas dentro de las categorías diagnósticas de «perversiones», «variaciones», «desviaciones» o «parafilias» sexuales, o su último resquicio: la «homosexualidad egodistónica». Igualmente, la transexualidad sigue apareciendo como enfermedad mental en la última edición del DSM bajo la etiqueta «trastornos de la identidad sexual», al igual que el fetichismo y las relaciones S/M son encasilladas bajo la etiqueta «parafilias».

4. LOS EXCESOS DE LA IMPLOSIÓN DE DIFERENCIAS: MÁS ALLÁ DE YUXTAPONICIÓN DE EJES ISOMÓRFICOS

Y aunque hay claras y buenas razones históricas para mantener «raza» y «sexualidad» y «diferencia sexual» como esferas analíticas separadas, hay también apremiantes y significativas razones históricas para preguntarnos cómo y dónde debemos leer no sólo su convergencia, sino las posiciones en las cuales la una no puede ser constituida salvo mediante la otra. *Esto es algo distinto a yuxtaponer diferentes esferas de poder, subordinación, agencia, historicidad y algo diferente de una lista de atributos separados por esas proverbiales comas (género, sexualidad, raza, clase), que normalmente significa que no hemos conseguido figurarnos todavía las relaciones que pretendemos marcar*³².

Retomando este planteamiento de Butler, la idea de saturación se nos presenta como una herramienta con que abordar la multiplicación y articulación de diferencias —visibles e invisibles, transparentes y opacas— en la producción de subjetividades, *más allá de imágenes de yuxtaponición de ejes* previamente establecidos (género, raza, sexualidad y clase), como si éstos fueran sustancias que pudiéramos compartimentar o escindir las unas de las otras. Pero también como una herramienta *que nos aleja de imágenes* que sintetizan estas diferencias, o construyen analogías entre ellas, como si sus relaciones fueran *isomórficas*, permitiéndonos atender a las relaciones de poder que las constituyen en cada situación y en cada momento.

Además, desde su propia definición química, la noción de «saturación» nos permite abordar la cuestión del *exceso* en la producción de subjetividades. Tal como señalamos al considerar la noción de «performatividad» en Butler, o cuando Bourdieu hablaba del ejercicio mimético del *habitus*, las prácticas ritualizadas constitutivas de las identidades nunca reproducen clónicamente los discursos que re-citan, sino que siempre generan ciertos *excesos, desplazamientos o distorsiones*. Frente a la totalidad interpeladora del Estado en Althusser, o la ley del padre en Lacan, que constituyen e inauguran al sujeto en lo social, la saturación —tal como la proponemos— nos emplaza en una forma de hegemonía que permitiría la apertura de lo social sin garantías³³, dejando espacios para la responsabilidad y el compromiso³⁴.

La coherencia interna de los discursos de género, raza, sexualidad, y clase es producto de procesos de «estilización ritualizada»³⁵ que les confieren ilusión de sustancia. Cada subjetividad se constituye y *actúa* en relaciones singulares que incorporan e implosionan estos discursos sedimentándolos en cuerpos, espacios, representaciones y deseos particulares. De este modo, cualquier ejercicio de fragmentación

³² J. BUTLER, *Bodies that Matter*, p. 168, énfasis añadido.

³³ E. LACLAU y Ch. MOUFFE, *Hegemonía y estrategia socialista*. Madrid, siglo XXI, 1987 y S. HALL, *op. cit.*

³⁴ D. HARAWAY, *op. cit.*

³⁵ J. BUTLER, *Género en disputa*.

y separación de los componentes racializados o generizados en una posición de sujeto determinada, supondría eliminar de un plumazo las peculiaridades que las inscriben, y como señala Butler, no tener en consideración los momentos en los que una se convierte en el trasfondo o la condición para la «acción» de la otra:

Creo que estoy menos interesada en teorías de interseccionalidad, o en versiones del multiculturalismo que tratan de mantener los procesos de generización y racialización como radicalmente distintos. Estoy mucho más interesada en *cómo uno se convierte en la condición del otro, o cómo uno se convierte en el trasfondo no marcado para la acción del otro*, de tal forma que, por ejemplo en el caso Anita Hill³⁶, se hizo posible tanto enfocar hacia los aspectos generizados o hacia los aspectos racializados de ese espectáculo público, pero no se podía ver, en su mayoría, como ambos trabajaban conjuntamente³⁷.

Acudiendo, por ejemplo, a una de las primeras escenas de la película *Semillas de rencor* (John Singleton, 1994), vemos a una chica blanca prototipo de belleza WASP³⁸ —rubia, joven, luciendo una minifalda— en un ascensor con un chico negro. La escena, muy breve y sin diálogo, es enormemente significativa: ella le mira de reojo y sintiéndose amenazada, se agarra el bolso. Él, viendo la reacción de la chica, se sonríe entre amarga y sarcásticamente.

Esta escena recrea algunas de las representaciones de los varones negros en el marco estadounidense, y en gran medida en el nuestro. Además apunta a una

³⁶ El «caso Anita Hill» hace referencia a un acontecimiento que tuvo enorme incidencia en EEUU y que ha sido ampliamente teorizado desde el feminismo y los estudios étnicos y raciales en dicho país. Anita Hill saltó a la primera plana de los periódicos estadounidenses cuando Clarence Thomas iba a ser una de las primeras personas negras en formar parte del Tribunal Supremo en EEUU. Anita Hill, una profesora de derecho y activista de los derechos humanos negra, que había estado trabajando con Thomas, declaró en contra de la elección de Thomas para la Corte Suprema, puesto que había sido acosada por éste. Si bien ella intentó que la declaración fuera secreta, pronto aquello se convirtió en un espectáculo mediático de los que tan acostumbrados nos tienen los estadounidenses. El interés del caso para las feministas se despertaba en múltiples direcciones: Por un lado, con este caso se hacían evidentes las opresiones sexistas dentro de una comunidad racialmente oprimida como es la comunidad negra, con lo que quedaba claro que los intereses de los hombres y las mujeres negras no eran los mismos. Por otro lado, este hecho fue utilizado —en contra de la intención de la propia Anita—, por parte de grupos ultraconservadores como un intento de frenar la entrada por primera vez en la historia de un hombre negro en una de las instituciones más importantes de EEUU. Además, se reproducían los imaginarios racistas en los que de modo paternalista son los varones blancos los que *salvan* a las mujeres negras de la «salvaje opresión» a la que son sometidas por parte de los varones negros. Las lecturas de este hecho han sido múltiples y contradictorias, poniendo en evidencia cómo *las cuestiones de «raza» y «género» no son separables, pero tampoco irreducibles la una a la otra.*

³⁷ V. BELL, «On Speech, Race and Melancholia. An Interview with Judith Butler». *Theory, culture and society*, vol. 16, núm. 2, pp. 163-74, p. 168, énfasis añadido.

³⁸ WASP es acrónimo de «White-Anglo-Saxon-Protestant» —Blanco-Anglo-Sajón-Protestante— con lo que se hace referencia a la imagen de lo normativo/hegemónico en la producción cultural y en las posiciones preferentes en EEUU.



situación contradictoria, ya que la chica blanca, en tanto que blanca, ocupa una posición dominante, y en tanto que mujer, se siente amenazada. El mito del «violador negro» ampliamente teorizado en diversas autoras³⁹ se recrea en esta escena, así como otras vinculaciones criminalizadoras de lo negro habituales en las representaciones que nutren el imaginario blanco. De este modo, no puede considerarse que las diferentes diferencias tengan igual peso en cada momento ni que sean asimilables unas a otras: se articulan y movilizan de formas significativamente distintas. Es sólo en su conformación particular e inevitablemente conflictiva, sólo en el mantenimiento del conflicto interno que las constituye, que pueden mantener su valor teórico y político. Las marcas opacas y transparentes no son estáticas sino móviles, se constituyen como tales en cada momento: en determinados contextos la raza puede servir de fondo transparente e invisible para la movilización de las marcas de género o viceversa. Por otro lado, si bien no todas las diferencias son iguales, establecer jerarquizaciones a priori entre «diferentes diferencias»⁴⁰ puede tener el peligroso efecto de reproducir y justificar exclusiones.

De este modo con el término saturación hemos pretendido precisamente abrir un espacio teórico-político para dar cabida a estas complejidades, contradicciones, excesos y desplazamientos que se producen en determinados tiempos, lugares y relaciones y que nos constituyen como sujetos *saturados* de diferencias visibles e invisibles.

¿Me contradigo a mí mismo? De acuerdo...
 Me contradigo a mí mismo;
 Soy grande... Contengo multitudes
 (Walt Whitman)

 ...lidia con ellas...

BOYS DON'T CRY (1999) Dir.: Kimberly Pierce

ENFERMERA: Entonces, ¿te violaron?

[Teena, asiente entre lágrimas]

E: Si no te importa es necesario que..., necesito que te quites los pantalones, ¿eh?

Por favor, no te haré daño... [Mientras, la acaricia]

TEENA: [Entre sollozos] ¿Cómo sabe que me violaron?

[La enfermera la mira y la acaricia]

³⁹ T. LOTT. *The Invention of Race*. Oxford, Blackwell, 1999; A. DAVIES, *Women, Race and Class*. Nueva York, Vintage Books, 1983.

⁴⁰ C. AMORÓS, *Tiempo de feminismo*. Madrid, Cátedra, 1997.

[Cambio de escena. Ella está llorando y con moratones. Después plano del sheriff mirándola inquisitivamente y plano de la grabadora.]

SHERIFF: ¿Por qué andas con chicos si tú eres una chica? ¿Por qué vas por ahí besando a las chicas?

T: No sé qué tiene que ver eso con lo que pasó anoche.

S: Sólo trato de encontrar respuestas para saber exactamente qué está pasando. Vas a responder a mi pregunta o no.

T: [Llorando] Tengo una crisis de identidad sexual.

S: ¡¿QUÉ?!

T: Una crisis de identidad sexual...

FLORES DE OTRO MUNDO (1999) Dir.: Icíar Bollaín

[Bar de pueblo donde la mayoría de los clientes son hombres, uno de ellos mirando fuera hacia un coche que llega...]

HOMBRE 1: ¡Cooooño!

HOMBRE 2: ¿Qué pasa?

H1: El Carmelo.

[Una mujer joven negra muy guapa con gafas oscuras y ropa ajustada (unas mallas con la bandera de EEUU) sale del coche que conduce «el Carmelo» mirando todo con curiosidad.]

ANCIANO 1: ¡Qué buena está! Y ¿ésta cuál es?

ANCIANO 2: La cubana

ANCIANO 3: ¿No era la dominicana?

A2: ¡Que no! ¡Que la dominicana es la del Damián! ¡Que no te enteras!

A3: Ahhh...

[Ella les mira.]

A1: Oye pues a mí me gusta mejor ésta que la otra.

A2: Sí bastante mejor, bastante mejor.

[Sigue la cámara sobre ella. Se levanta las gafas para mirar a los ancianos con una cara de profundo desagrado examinándoles.]

A3: Qué dentadura, qué labios...

A2: Qué besazos tiene que pegar...Más buenos

A3: ...Mas buenos...

A2: ...Madre mía quién fuera...

A3: ...Quién tuviera ahora veinte años.

SEMILLAS DE RENCOR (1994) Dir.: John Singleton

[Un chico negro y una chica blanca están en un ascensor. Ella le mira y se sujeta el bolso ante la «amenazante» presencia del chico que al ver la reacción de ella se sonrío sarcásticamente.]

SHAME NO MORE (1999) Dir.: John Krokidas

EL CIENTÍFICO: [*Consultando un libro (Webster New English Dictionary.)*] «Heterosexualidad». Para aquellos que no estén familiarizados con el término, heterosexual es aquel sujeto que desarrolla un incontenible deseo hacia cualquier representante del sexo opuesto. En palabras de Leiman, «estos hombres y mujeres ansían todo lo que es diferente, lo que es ajeno, lo que es erróneo».

[*El padre llama a la puerta de la habitación del hijo, que está leyendo una carta tumbado en la cama.*]

PADRE: Johnny, ¿éstas ahí?

JOHNNY: Sí, ahora mismo abro.

[*Guarda la carta entre las páginas de una revista.*]

P: Abre la puerta. [*Johnny abre*]

P: Hijo, tenemos que hablar.

J: Estoy haciendo los deberes.

P: Sólo será un minuto. [*Entrando.*] Siéntate Johnny. [*Johnny se sienta*]. ¿Qué es lo que pasa ente Diane y tú?

J: Sólo somos amigos, ¿a qué te refieres?

P: Sólo te lo preguntaré una vez, hijo. ¿Eres... heterosexual?

J: ¡Pues claro que no! ¿Cómo puedes pensar eso? ¿Por eso te comportabas de ese modo tan extraño?

P: [*Aliviado.*] No, no. [*Se sienta también en la cama.*] Soy tu padre, siempre me he considerado amigo tuyo. Pensamos que antes de sacar conclusiones deberíamos preguntártelo sin eufemismos... Sin eufemismos... Ja, Ja... Bueno, te dejo que estudies.

J: Gracias papá.

P: [*Cogiendo la revista que está sobre la cama —en la que Johnny había escondido la carta.*] ¡Rock Hudson! ¡Qué guapo es! En está foto está sexy. [*Se la lleva.*]

J: Papá, es mi revista.

P: Vale. Pues os dejo solitos. [*La tira encima de la cama. La carta se sale y el padre la coge antes de que Johnny pueda evitarlo. Con cierta complicidad.*] Y, ¿esto qué es? [*La abre*].

J: Papá, ¡no!

P: ¡¿Qué coño es esto?!

J: Papá, puedo explicártelo.

P: ¡Explicar qué! ¡¿Que mi hijo es un maldito reproductor?!

